

Daniel de la Vega

Los Huéspedes

I



VIENEN llegando al mundo los primeros
héroes de una inmensa edad futura.
Bajo sus santos pasos tesoneros,
se hace sonora nuestra tierra oscura.

Yo ya suelo escuchar la cercanía
de sus firmes y vastos corazones.
Y cuando pienso que se acerca el día,
me asaltan bocanadas de canciones.

Yo no sé por qué lado de la vida
asomará su tea explotadora;
ni conozco la seña convenida.
Únicamente sé que ya es la hora.

¡Oh, mirad a los niños! En el modo
con que nos hablan, hay un fuego inquieto.
Estos gorriones ya lo saben todo,
y nos hallan indignos del secreto.

Ya bajaron de las constelaciones.
Con su presencia se afinó la brisa.
Por entre nuestras buenas intenciones,
anda la claridad de su sonrisa.

Vienen llegando. Ya se acerca el día.
Sueña el agua y se doran los cipreses.
Pero nadie adivina todavía
por qué la tarde se prolonga a veces...

Melchor, Gaspar y Baltasar los vieron
antes de que partieran sus camellas.
Y las viejas pirámides sintieron
sus sandalias por entre las estrellas...

Vienen llegando. Puras las miradas;
los rodea el silencio más profundo.
Viven en soledad. No piden nada.
¡Tan sólo vienen a empujar el mundo!

II

Ya vienen llegando. ¿Cómo
ver sus pupilas celestes?
Al través de nuestras lágrimas
claras y ardientes.

Pues ellos rondan en torno
de nuestras desgracias, siempre;
y entran a nuestra amargura
calladamente.

¡Las bellezas del paisaje
son rastros de sus pies leves!
¡Nuestras alegrías, ansias
de conocerles!

En las horas anchurosas
y sin fondo de la muerte,
mudos y tranquilos, todos
están presentes.

En nuestros arranques nobles,
su palabra fina viene
como un pétalo en la loca
agua corriente...

No sé quién será el primero
que los mire frente a frente,
y oiga resonar su voz
de bronce y nieve;

el primero que pronuncie
sus nombres, y se le llene
toda la boca de un cálido
río de mieles,

y los ojos se le caigan,
y el corazón se le queme
como un incensario, al pie
de estos silenciosos huéspedes...

III

Y entren los claros Huéspedes al mundo desolado,
que aquí les recibimos con santas intenciones.

—Ilumina tus pétalos, rosal ilusionado!

Pájaro del crepúsculo, rompe con tus canciones!

—Oh, Huéspedes, pasad! Salen a recibirlos,
ardiendo, nuestras siete virtudes capitales.

—Ráfaga montañera, afina tus suspiros!

Jardín de melodía, pon fuego en tus rosales!

—Oh, Huéspedes! El mundo está en penumbra, pero
todos, con nuestro ensueño, le damos sangre y brío.

—Ahueca tu vellón amoroso, cordero!

Tu pequeños guijarros lame en silencio, río!

—Oh, Huéspedes! Nosotros nada tenemos, nada...
Aun amamos la guerra, el oro y el placer...
—Hombre, oculta la res en la selva logradal
Arráncate esos aros brilladores, mujer!

—Oh, Huéspedes! Nosotros levantamos las voces
pidiéndole a la altura fuerzas espirituales.
—Barre el oro arrojado a los pies de tus dioses!
Despedaza la pompa que arde en tus catedrales!

Oh, Huéspedes, entrad! Esta obscura morada
nada digno de vuestros claros ojos encierra.
—Oculta en la penumbra la resonante espada!
Empuja lejos nuestro negro carro de guerra!

Empuja lejos nuestro negro carro de guerra,
y levanta en tus brazos al niño con ternura.
Es lo único grande que te queda en la tierra.
Lo único que puedes levantar a la altura!

DANIEL DE LA VEGA.